

**HANSMANN, Wilfried: *Jardines del Renacimiento y del Barroco*, trad. José Luis Gil Aristu. Epílogo de Aurora Rabanal Yus, "Jardines del Renacimiento y del Barroco en España". Madrid, Ed. Nerea, 1989.**

Victoria Soto Caba

Pese a los criterios tradicionales con que Wilfried Hansmann plantea *Los jardines del Renacimiento y del Barroco*, la edición de Nerea se presenta como una apuesta interesante dentro de las publicaciones españolas que en los últimos años han abordado la Hª de la Jardinería, trabajos no muy numerosos pero en su mayoría sí ciertamente sospechosos por su línea divulgativa. Escrito en 1983, el libro de Hansmann no deja de sorprender por la pauta general que rige todo su trabajo: una incansable descripción de cada uno de los jardines que analiza, solución que siendo tan necesaria como válida, acaba asombrando como única norma metodológica si se tiene en cuenta la existencia de una historiografía respetable que, por poner dos ejemplos, va del clásico libro de Louis Hautecoeur (*Les Jardins des Dieux et des Hommes*, París, 1959) a la insuperable obra de Derek Clifford (*A History of Garden Design*, traducida al castellano en 1970). Quizá, por ello, este autor alemán, consciente de la dificultad de acometer de nuevo la historia de los jardines del Renacimiento y del Barroco, presenta un manual con una clara ordenación cronológica y geográfica, y avisa en la "Introducción" del carácter selectivo de los ejemplos de jardines escogidos.

Su estudio arranca de las primeras formulaciones renacentistas del jardín en los postulados albertianos, en la teoría de Francesco di Giorgio Martini y en la descripción de la Hypnerotomachia, donde la antigua idea del *locus amoenus* se configura partiendo de formas geométricas. En el primer capítulo, dedicado a los jardines del Renacimiento y del Barroco en Italia, repasa las distintas modalidades que, tanto en las villas toscanas como romanas, se produjeron a partir de la planificación del Belvedere de Bramante y de la villa de Este en Tívoli, modelos que apuntan ya los principios barrocos de organización de la naturaleza y su articulación con la arquitectura. Si bien los ejemplos ofrecidos son paradigmáticos en la historia de la jardinería italiana, Hansmann sin embargo, se para en la primera mitad del XVIII ignorando la evolución posterior y sobre todo los magníficos ejemplos dieciochescos (pensemos, por ejemplo, en el parque de Caserta), con lo que implica de interinfluencias artísticas en el ámbito geográfico de su estudio. Un ámbito que atiende sólo a Francia, Holanda y los países de lengua alemana y que aparta a un país como Inglaterra que, en materia de jardinería, no deja de suscitar interés desde finales del Rena-

cimiento por sus relaciones con Holanda y por su temprana reacción contra la aplicación de fórmulas regulares (recordemos la descripción de un jardín ideal dada por Bacon en 1597); país que, por otra parte, fue el punzón de la desintegración organizativa del modelo barroco.

Con todo, tales criterios y ausencias no impiden ir descubriendo el hilo evolutivo de esta práctica artística, apoyado en el excelente repertorio gráfico de esta edición que ayuda al lector a seguir las continuas descripciones. Para el caso francés son los grabados de Jacques Androuet Du Cerceau los que ilustran los mejores ejemplos renacentistas, la evolución del parterre y la genial asimilación de los elementos autóctonos medievales (cercas, canales y fosos) con el nuevo espíritu italiano que empuja hacia la simetría y la axialidad. La tradición local, mucho más acusada en los Países Bajos y en los de lengua alemana por su tendencia a la compartimentación y al mantenimiento de un concepto todavía de *hortus conclusus*, queda palpable en las ilustraciones de Matthäeus Merian, grabados de su obra *Florilegium renovatum et auctum* (1641) y cuyas imágenes revelan además el indudable carácter manierista que adquieren los jardines de Schwindt en Francfort, del palacio residencial de Stuttgart, del Neugebäude vienés o del Hortus Palatinus de Heidelberg.

Tres capítulos del libro están dedicados al jardín barroco francés, el punto culminante de la creación de jardines artísticos, cuyos elementos, desde los canales hasta las terrazas, pasando por los parterres, las fuentes y teatros acuáticos, las avenidas y bosques, eran motivos bien conocidos en Italia, Francia y Holanda durante la centuria anterior. Hansmann no entra en consideraciones o reflexiones nuevas sobre la figura de André le Nôtre (para ello véase la monografía de Bernard Jeannel, trad. al castellano en 1986), pero sintetiza los logros de este arquitecto-jardinero de Luis XIV, desde la organización perspectiva de Vaux-le-Vicomte hasta Marly y Clagny, pasando por su máxima realización, los jardines de Versalles. A través de los planos y grabados conocidos de Delagrive, Perelle o Allegrain y basándose en la guía que el propio Rey Sol redactó para los visitantes (*Manière de montrer les Jardins de Versailles*), el autor nos ofrece un recorrido por los puntos espaciales e iconológicos más esenciales. Si bien la tratadística sobre jardinería tuvo ya su importancia con las figuras de Claude Mollet y Jacques Boyceau durante el siglo anterior, la normativa de Le Nôtre fue recogida por Dezallier D'Argenville en *La Théorie et la Pratique du Jardinage*, obra a la que el autor dedica un capítulo especial por ser el mejor ejemplo de los jardines de la Regencia y el manual imprescindible del jardinero durante todo el XVIII. Siguiendo a

otros autores, propone el conocido tratado de Blondel (*De la distribution des maisons de plaisance...*) como reflejo también de lo que él denomina jardín rococó o la reacción al jardín anterior, una nueva tendencia más decorativa y refinada, más escenográfica y exótica a la vez.

La lección francesa y las características específicas de Holanda y el área alemana son las dos tendencias que fluctúan durante todo el periodo barroco, capítulos a los que Hansmann dedica mayor atención. La transposición de Versalles -a través de la *Viena Gloriosa* de Salomón Kleiner- en los proyectos de Fischer Von Erlach para Schönbrunn o en las creaciones del Belvedere y Schlosshof de Lucas von Hildebrandt son ejemplos de la transformación del modelo francés, transformación más acusada en el caso alemán de las primeras décadas del siglo XVIII, en Pommersfelden o en la Favorite de Maguncia. Las diversas modalidades que se originaron a partir del lenguaje formal de Le Nôtre y las aportaciones exteriores se analizan en las creaciones de Max Emanuel de Baviera (Nymphenburg), en el palacio berlinés de Charlottenburg o, por ejemplo, en los jardines de la ciudad de Dresde, para finalizar con los ejemplos más tardíos de Würzburg y la Solitude de Stuttgart, ejemplos de una tendencia hacia lo irracional, lo íntimo y lo variado, una tendencia que no es más que un estilo modificado de las formas antiguas del jardín barroco y que permiten al autor considerar el término de *jardín rococó*.

Ciertamente el manual de Hansmann consigue presentar la evolución formal de gran parte de la jardinería europea durante más de tres siglos. Sin embargo, ante tanta descripción se anula cualquier intento de abordar problemas en torno a fenómenos como *manierismo* o *rococó*, o de analizar otros problemas tan fundamentales como el carácter de decorado festivo de la mayoría de los ejemplos expuestos, es decir, de la tipología en función del protocolo y de la fiesta. Igualmente se olvida el factor literario que generó la evolución del jardín barroco tardío, ignorando, por ejemplo, el descubrimiento y las primeras descripciones de los jardines chinos a mediados de la centuria.

La ausencia de cualquier referencia al caso español ha quedado solventada felizmente por el Epílogo "Los Jardines del Renacimiento y del Barroco en España", realizado por Aurora Rabanal Yus dentro de una línea metodológica más plausible y con una abundante documentación bibliográfica. La acertada síntesis conseguida por esta historiadora viene a completar esta obra de consulta y a contribuir en la relativa y escasa historiografía española sobre esta especialidad.